
EN PORTADA

TEORÍA Y LÓGICA DEL FUTBOLISMO

Futbolismo: dicese de una doctrina contemporánea del ferrocarril, del darwinismo y la ética utilitarista, encuadrada junto a los tratados de gobernanza, psicología conductista e ingeniería teatral de los grandes acontecimientos.

BASILIO BALTASAR

Un buen amigo ha tenido durante años la santa paciencia de enseñarme a entender de qué va eso del fútbol. No ha conseguido llevarme al estadio, pero gracias a su tenacidad he podido comprender la razón por la cual me ha sido negado gozar el deleite que entretiene a la humanidad.

Observando su entusiasmo he descubierto el motivo que me mantiene ajeno a la conmovedora celebración deportiva. Lo que distingue al aficionado futbolístico es una cualidad del ánimo, una virtud de la personalidad, un rasgo de carácter del que yo carezco. La mayoría de los adultos conservan gracias al fútbol el espíritu adolescente de la camaradería juvenil y a su antojo recuperan los nostálgicos fervores de aquél dichoso tiempo. Cuando los aficionados hablan de las memorables jugadas del día anterior, reviven el entusiasmo cultivado en el patio del colegio. Deduzco por ello que el fútbol, además de un mastodóntico escenario, es un lugar sentimental a salvo de las inclemencias de la edad adulta. Cuando el hincha penetra en el estadio, los incordios de la vida cotidiana quedan cautelarmente cancelados y brota enérgicamente el feliz recuerdo de aquella despreocupada existencia juvenil. Haber conservado intacto el sentido lúdico de las competiciones deportivas es un logro del que no todos podemos presumir.

Otra asombrosa distinción del aficionado es su habilidad para entablar conversación con los desconocidos. Es suficiente un gesto —una chapa, una pulsera— para que los aficionados se reconozcan y comience su vivaz y entretenida charla. Taxistas, camareros, empleados de banca, dependientes y guardias jurados, capellanes y enfermeros, directivos y empleados recuperan en un fugaz instante la conciencia igualitaria del juego que a todos hermana en la apasionada comunidad universal de los futboleros.

No creo haber visto en nuestro repertorio doméstico ningún asunto que levante pasión mejor ordenada y no veo qué otro afán podría concitar entre rivales un trato tan respetuoso. De hecho, entre los incontables pleitos que la sociedad mantiene consigo misma, el

de los contrincantes deportivos es el único que reconoce la necesidad del adversario. Es cierto que se desea ferozmente derrotarlo y humillarlo, y que se vive esta competitividad con furia cardíaca, pero sólo cuando el contrario promete seguir jugando. El otro espectáculo de masas, el que ameniza con igual intensidad las agotadoras jornadas del hombre aburrido, la política, posee un *espíritu de corps* muy diferente: los militantes, simpatizantes o votantes ocasionales desean con radical sinceridad la extinción del contrincante y maldicen gravemente cuando su anhelada aniquilación queda postergada.

Otro de los atributos que he llegado a identificar en la *paideia* del fútbol es la cuidadosa organización de sus competiciones. En la medida en que las festividades religiosas han ido perdiendo su influencia, el espectáculo deportivo mantiene viva la ilusión cíclica del calendario agrícola y mitiga la ansiedad del hombre abandonado. Los torneos que convocan a la multitud dan al tiempo una curativa plasticidad ritual: segmentan el calendario en secuencias de tal modo comprensibles que las ligas empiezan y acaban aunque luego, *acto seguido*, se inicia de nuevo el bucle de un retorno que se prolonga sin cesar. El aficionado consigue de este modo encontrarse cada vez consigo mismo y verse de nuevo en el mismo lugar, como el niño que fue, animando a su equipo y padeciendo con él, como si el tiempo no le hubiera pasado por encima.

Además de la camaradería juvenil, el sentido lúdico de la existencia, la comunicación entre desconocidos, la mutua dependencia de los rivales y la ilusión de ir frenando el paso del tiempo, el aficionado posee una cualidad excepcional, un poder del que yo no he podido disfrutar. El forofo del fútbol puede abandonar su cuerpo físico y proyectar su cuerpo astral en el organismo del atleta que corre y suda detrás del balón. En ningún otro escenario es tan poderosa la identificación entre actor y espectador. Ambos sufren la incertidumbre del desenlace, la asfixia de la carrera, el fastidio de las jugadas fallidas. La concentración y atención del espectador modélico no es inferior a la del deportista que *lo da todo por su equipo*. Este es uno de los pavorosos fenómenos del espectáculo que no en vano llaman deportivo.

El aficionado puede estar sentado en el sofá y beber un trago de cerveza pero sabe que la pasión desbordada, el enfado y los gritos ahogados contribuyen a la victoria de su club. Un triunfo que le acarrea mil fatigas nerviosas, síncope, agobios y trastornos. Las supersticiones de la antigüedad subsisten en el corazón de la muchedumbre y con cada torneo se actualiza el fetichismo del animismo chamanista. Atletas y espectadores, enlazados por un pacto de fidelidad, participan con la misma intensidad en un drama que a los dos castiga o recompensa.

No es necesario que las fuerzas movilizadas por el espectáculo deportivo sean comprendidas y aceptadas por sus protagonistas. Tengo entendido que los seguidores de un afamado club de fútbol celebran las victorias de su equipo junto a la estatua de la diosa Cibeles. No creo que sean muchos los forofos conscientes del encanto que los ha llevado a festejar sus alegrías junto a la majestuosa deidad frigia. Como culto a la fertilidad, la figura de la diosa responde bien al clima viril de los vencedores, pero que los sacerdotes de su congregación se castraran en señal de devoción no parece encajar muy bien en el ateísmo egoísta que subyuga al hombre postmoderno.

Que los clubes triunfantes movilicen a millones de seguidores, deban impuestos a la hacienda pública y estén en quiebra latente, sin dejar de acudir por ello a la subasta de los atletas más cotizados –ofreciéndoles salarios, dietas, pluses y bonus– demuestra que estoy obligado a no entender nada de la compleja excepcionalidad de un sector económico cuyo enigma seguirá velado por mucho que yo me empeñe en descifrarlo.

Todos creemos que el mundo está mal hecho y que el hombre subsiste sometido al capricho de los poderes que sentencian su destino. Sin embargo, en el grandioso escenario de las competiciones deportivas siempre ganan *los mejores*. O más bien: no es tanto que hayan ganado los mejores, como que los triunfadores se convierten por ello en los mejores. En el grandilocuente escenario del fútbol se *ha consagrado* la impecable lógica de la retribución darwinista.

Hete aquí la refutación de las sospechas que confunden nuestro anhelo de justicia. Las radios emiten la crónica de las jugadas más

prodigiosas y las televisiones retransmiten la pirueta gimnástica del futbolista a plena luz del día. Los vencedores consiguen el trofeo y reciben su recompensa. Los derrotados, los fracasados, callan con vergüenza pues nada puede justificar su torpeza. Una torpeza que consiste básicamente en eso: en perder. La multitud acude a celebrar el gran juego y a vitorear la condición heroica de los que han conseguido el triunfo que los ensalza. ¿Acaso no es el fútbol el modelo cultural por excelencia? ¿Cómo si no habría concitado el fútbol la tumultuosa adhesión de la humanidad?

Otra de mis carencias hace irreparable la soledad y extrañeza que me aparta de la festividad deportiva. Las emociones que excita el fútbol se parecen a las pasiones patrióticas aletargadas bajo nuestra aparente civilidad y a su manera consiguen activar el fervor que nos llevaba a la batalla sin preguntar el motivo de la leva. Que la victoria de un equipo no consiga emocionarme ni su derrota entristecerme, me parece que hace irremediable la condena de los que vagamos sin saber a quién aplaudir.

Aun así, a pesar de mi declarado desinterés por el fútbol, debo confesar que me complace ver cómo viven los aficionados sus alegrías juveniles, cómo disfrutan la tensión del juego, las imprevisibles contingencias de los jugadores y la ficción de un simulacro que hipnotiza a una humanidad intrigada por saber quién ganará la partida. 🐾